

de los romanos, que supersticiosos é indiferentes, sumergidos ya en la molicie y aguardando un tirano, de antemano se conformaban con la suerte que les preparaba el destino, experimentó numerosos reveses. La historia ha conservado el recuerdo de la desesperacion de Libia, de sus temores, de sus sacrificios á los dioses y de los agüeros diversos que reanimaban ó destruian sus esperanzas. Un dia, que acababa de saber la derrota de la flota de su esposo, volvió tristemente á su casa de campo que estaba inmediata á Roma. Una águila que en sus garras se habia llevado un pollo, cuyo pico tenia una rama de laurel, largó su presa, que vino á caer en manos de la muger de Octavio. Este incidente fué interpretado favorablemente por todos los hechiceros y adivinos que abundaban en Roma; y por una de esas singularidades del destino, que parece complacerse en dar un significado y una autoridad á las supersticiones mas vanas, las primeras noticias que recibió Libia le anunciaron el triunfo de Octavio. Pompeyo fué completamente derrotado; su cabeza pagaba el precio de esta audacia, que el trono del mundo hubiera compensado si hubiera salido vencedor.

La victoria pertenecia á Octavio, y se sabe el uso que de ella hizo. El hombre que habia repudiado á Escribonia, en el dia mismo en que dió á luz á Julia, proscribió á trescientos senadores, á dos mil caballeros, ordenó en medio de sus festines, el asesinato de los ciudadanos mas ilustres y ricos: hizo matar á Cesarion y condenar á la tortura á Quinto-Galio, al que este monstruo tan ponderado arrancó los ojos con sus propias manos. Este es el hombre que Virgilio y Horacio han colocado en el rango de los dioses. Su adulacion no vió en él, sino al protector de los literatos. Ellos le han llamado con envidia el *pacífico, el humano, el clemente, el grande y el sublime*. Verdad es, que una vez llegado al poder soberano, fatigado de los asesinatos y de los estragos, gobernó pacíficamente: pero como dice Séneca con admirable energia, "no llamo clemencia una crueldad amortizada." Su amigo Mecenas le conocia mejor: cuando le veia próximo á dictar una sentencia de muerte injusta, escribia sobre los libros de memoria, que le pasó, las siguientes palabras: *Levántate, verdugo!* (*) Accion

(*) El juez que se levantaba absolvía al acusado.